

Manuel Zeno Gandía

LA CHARCA

© - STOCKCERO - ©

Zeno Gandía, Manuel

La charca. - 1a ed. - Buenos Aires : Stock Cero, 2005.

176 p. ; 23x15 cm.

ISBN 987-1136-31-5

1. Narrativa Portorriqueña. I. Título

CDD PR863

Copyright © Stockcero 2005

1° edición: 2005

Stockcero

ISBN N° 987-1136-31-5

Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires - Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Manuel Zeno Gandía

LA CHARCA

*Notas revisadas por
Asima F. X. Saad Maura*

INDICE

<i>Capítulo I</i>	<i>1</i>
<i>Capítulo II</i>	<i>10</i>
<i>Capítulo III</i>	<i>25</i>
<i>Capítulo IV</i>	<i>39</i>
<i>Capítulo V</i>	<i>60</i>
<i>Capítulo VI</i>	<i>76</i>
<i>Capítulo VII</i>	<i>87</i>
<i>Capítulo VIII</i>	<i>110</i>
<i>Capítulo IX</i>	<i>127</i>
<i>Capítulo X</i>	<i>146</i>
<i>Capítulo XI</i>	<i>160</i>

CAPÍTULO I

En el borde del barranco, asida a dos árboles para no caer, Silvina se inclinaba sobre la vertiente y miraba con impaciencia allá abajo, al cauce del río, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Leandra!... ¡Leandra!...

Era en la montaña, en el seno de las selvas, entre laberintos de brava naturaleza, que parecen peldaños para oficiar en el altar del cielo.

—¡Leandra!... ¡Leandra!... Sube, Pequeñín está hambriento... Sube, sube...

La voz sacudía el aire y, reflejándose en las laderas, bajaba hasta el lecho del río, en donde se apagaba entre rumores de cascadas y remolinos. En la ribera, en cuclillas sobre una piedra lisa y plana, Leandra lavaba afanosa. Tenía el traje recogido y sujeto por detrás de las rodillas, dejando al descubierto las piernas, que el agua jabonosa salpicaba. Al fin, oyó las voces, miró hacia arriba y descubrió a Silvina.

—¿Qué quieres? —preguntó a un tiempo con el ademán y con los labios.

La otra insistía: Pequeñín, el último hijo de Leandra, de bruces en el suelo de la casucha, lloraba hambriento.

—Mira —bocineó Leandra, ahuecando las manos junto a la boca—, procura callarlo.

—Es que no quiere.

—Entretenlo, mujer; aún me queda faena¹...

—Tienes que subir... Le he metido un dedo en la boca y, en vez de chupar, muerde... ¡Anda, sube pronto!

Levantándose Leandra de mal talante, dejando que el vestido le cayera sobre las piernas mojadas, hizo apresuradamente un lío de la ropa húmeda y

1 *Faena*: quehacer, tarea.

comenzó a repechar² una vereda caprina que, muy pendiente, se internaba entre los cafetos³ de la ladera.

Silvina, desoyendo los gritos de Pequeñín, recorrió con mirada lánguida el paisaje. El ambiente, fresco ya con los aires de la cercana vesperada⁴, se encendía en los últimos ardores del sol poniente.

Desde aquel sitio se divisaba un mundo de verdura. Por detrás, un campo extenso de selva virgen rematando en una cima abrupta; por delante, al otro lado del río, una montaña de tonos grises, aplanándose poco a poco en dirección al mar, deprimiéndose lentamente de derecha a izquierda y determinando la formación de vallecillos y hondonada de feraz aspecto. Los colores bullían como chispas de luz, confundiéndose en tintas intermedias, interrumpiéndose con alegres contrastes. Diríase que con aquel reguero⁵ de colores eran los campos la inmensa paleta en donde había de humedecer sus pinceles el supremo artista. Un azul inimitable descendía del cielo como regalo nupcial, y un verde suave parpadeaba en las campiñas como ofrenda esclava. De esos dos matices resultaban el apagado gris de las lejanías y la tibia gualda⁶ de los contornos. Los árboles, en eterna gemación⁷, ostentaban vestiduras rosadas y galas rojas, y así mostrábase los paisajes como proyectados al mundo de los sueños por la mano de la primavera.

Silvina miraba sin ver. Aquel exterior poético, que le era familiar, no le abstraía; aquel sosegado atardecer no interesaba a sus catorce años. Pensaba en sus intimidades, en sus secretos, en sus anhelos, y el regio panorama de los montes palpitaba delante de ella como una bandada de golondrinas ante una estatua. Cuando miraba al frente descubría, en lo alto de la montaña, la mancha oscura formada por el opulento cafetal de Galante, y un sentimiento de repulsión, de reprimido rencor, se le revolcaba en el pecho al recordar la dolorosa historia de sus amores contrariados y del camino de sus ideales, bruscamente cortados por la intercepción de aquel hombre odioso, a quien ella, todavía tan joven, debía la imposición de un marido, de aquel Gaspar, cuya presencia le hacía temblar y cuya imagen la amedrentaba. Debajo, y también a la distancia, contemplaba el valle en donde se escondía el caserío de Andújar. Veía la casa tienda con su mostrador mugriento y umbrales negruzcos; el ranchón que cobijaba la máquina trilladora, las tres o cuatro casitas dedicadas a depósito de provisiones y vivienda de obreros; y le veía a él, a Andújar, con los brazos desnudos, con la camiseta manchada de pringue⁸, defender detrás del mostrador el importe de una judía⁹, escatimar el peso de un grano de arroz, poniendo en práctica las fórmulas de la libra incompleta y de la vara en-

2 *Repechar*: subir por alguna cuesta.

3 *Cafeto*: arbusto perteneciente a la familia de las rubiáceas, género *Coffea*, alcanza una altura de 8 a 10 metros, o de 2 a 2,50 metros en plantación. Localmente son conocidos también como *cerezos*, la plantación como *cerezal*, y los frutos rojos como *cerezas*.

4 *Vesperada*: la tarde, el tiempo del anochecer.

5 *Reguero*: desorden.

6 *Gualda*: color amarillo.

7 *Gemación*: primer desarrollo de la yema o botón de una planta.

8 *Pringue*: grasa que suelta cualquier animal al freírlo: grasa o cualquier otra cosa que se pega y ensucia.

9 *Judía*: alubia, habichuela.

cogida. A un nivel más bajo todavía lograba descubrir otra colina salpicada de chozas: eran hacenduelas de míseros propietarios que merodeaban descalzos por los montes, contratándose para trabajar en las grandes fincas, rindiéndose tributarios de la tienda de Andújar, la gran ventosa del barrio, y para los cuales el tiempo pasaba sin que tuvieran ni recursos, ni ánimo, ni voluntad para mejorar los propios terrenos en donde, gracias al esfuerzo fecundado de la Naturaleza, crecían abandonados algunos cafetos y bananos, y se veían ondear, en días de viento, prados de forrajes o de estériles malezas. Después, el nivel descendía más. Las montañas se extendían en aventino¹⁰ hasta el llano, y como gigante que se arrodilla para besar la base que le sustenta, la forma montuosa de la tierra se humillaba hasta aplanarse en la llanura para alcanzar el límite geológico en donde todo remata en la tierra: el mar.

Silvina, siempre sujeta a los árboles, recorrió con la mirada el panorama. En el fondo del barranco, el río escandalizaba con saltos de agua, con atropellado caudal, y a la izquierda, en el mismo lado en donde estaba Silvina, mecíase el bosquecillo de la vieja Marta: una campesina arrugada, añosa, con fama y hechos de miserable avara, residiendo en la umbría de un cerezal, en una choza pordiosera, sin más compañía que un nieto flaco, emaciado¹¹, casi esquelético, imagen viva de la miseria y del hambre. Después, a la derecha, vio otro campo de plantaciones, otra finca grande: la propiedad de Juan del Salto. Y al fijarse en aquellos lugares pensó en Ciro, en el hombre que amaba, en el único que en el fondo de su corazón y su pensamiento la poseía. Allá, en aquella finca, trabajaba Ciro, un joven campesino, apenas de veinte años, pero nervioso y forzado, lo bastante para ser un buen obrero, útil en el transporte de maderas o en el manubrio de la descortezadora, o en el aserradero de los altos árboles. De ese modo, mirando sin fijeza los objetos, Silvina pensaba en los seres y las cosas ausentes. En su cavilación desfilaban viejas memorias; impresiones recientes. Galante, Gaspar, Andújar, Juan del Salto, Leandra, la vieja Marta; la sumisión a un hombre que odiaba y temía; la pasión ardorosa, nunca dormida, por otro que la habían hecho imposible; la monótona esclavitud de su vida al lado de Leandra; las imposiciones de la vida diaria, llena de labores y de esfuerzos ante los cuales desmayaba su alma perezosa; el bienestar de Galante, de Juan del Salto, de Andújar, causáronle envidia; todo, todo, pasaba ante su pensamiento como cinta de luz llena de imágenes palpitantes.

Al fin, del seno arborescente de la ladera surgió Leandra. Llegaba fatigosa después del repechar, descalza, con el cuerpo inclinado a la izquierda a causa del lío de ropas que cargaba en el derecho, en mangas de camisa, y ésta tan descotada, que casi dejaba el pecho desnudo.

Leandra entró en la casucha seguida de Silvina, y arrojó en un rincón el lío, mientras Pequeñín asordaba el ámbito con su lloro sin lágrimas.

—Me tienes harta —dijo, poniendo un pecho en la boca del niño—, me tie-

10 *En Aventino*: relativo a Aventino, una de las siete colinas cerca del Tíber; aquí se refiere a las montañas en general.

11 *Emaciado*: demacrado, extremadamente delgado.

nes aburrida con tu haraganería... ¡Holgazana!...

—Eso me faltaba: que me comas ahora. ¿Tengo yo la culpa de que no des leche, de que el muchacho esté siempre vacío?

—¡Inútil!

—Antes de bajar al río le diste de mamar, y mira...

—Vagabunda y haragana: eso eres tú. No me ayudas, no te importan mis faenas. Todo el día mano sobre mano, pensando en las...

—Vamos, madre, ¿me vas a insultar?

—Bien se ve que no sabes lo que son trabajos, que no sabes lo que es un hijo...

—Dilo en buena hora. ¡Dios me libre! ¿Para qué quiero yo hijos? Bastante tengo con soportar a ese bruto...

—Ése que llamas bruto es tu marido. El hombre que te mantiene.

—¡Gran cosa! Una peseta semanal. Lo que él mantiene es la baraja y las botellas de Andújar. A mí me da lo que le sobra del juego... cuando pierde. Y además, leña. Y, además, me da... me da asco.

—No seas bestia, Silvina. Tu marido es hombre de respeto, que nos atiende y nos cuida. Las mujeres solas no sirven más que para dar tropezones, para sufrir abusos...

—¿Qué más abusos de los que yo he sufrido y sufro?

—Porque no eres mujer de tu casa, porque no te gusta otra cosa que andar realenga¹². Mientras tanto, desde que te casaste con Gaspar, vives panza arriba, sin necesitar nada y con el pico mantenido. En la pasada cosecha no tuviste necesidad de tomar calle en la cogida de café. Gaspar no quiso, porque te cuida mucho. Pero no lo agradeces. ¡Ah, si tú tuvieras la formalidad y la vergüenza de tu madre!

—¿Vergüenza?... —y Silvina soltó una carcajada—. Mira, Leandra, me haces perder la paciencia. Yo seré una tusa¹³, pero me parezco a ti. Entre Gaspar, tú y tu cortejo...

—Mi marido, debes decir.

—Es... que no lo es.

—Bien; no es mi marido, pero como si lo fuera.

—Pues bien; entre los tres acabaréis¹⁴ por volverme loca.

Y, malhumorada, se confinó en el colgadizo en donde estaba la cocina.

Era la escena de siempre, Leandra y su hija vivían en perpetua discordia, arrojándose a la cara defectos y maldiciones. No cabían juntas en la estrecha casucha en donde el hábito y la miseria las retenían. Leandra, aún fresca en sus cuarenta años, había hecho su campaña. Nueve hijos concebidos bajo la ruda labor de los campos. Siete de ellos separados ya del hogar, unos porque habían muerto, otros porque se habían ausentado, ignorándose su paradero, y otras que habían sido robadas..., eso es, arrebatadas a muy temprana edad

12 *Realenga*: sin dueño. El término proviene de *real*, y se aplicaba a los pueblos que no eran de señorío ni de las órdenes, por lo tanto obedecían sólo al Rey. En el contexto de la novela y del uso popular usado en Puerto Rico, se refiere a “callejera”, que se la pasa fuera de su casa.

13 *Tusa*: perra; mujer despreciable y de poca dignidad.

14 *Acabaréis*: deslíz del autor, ya que en Puerto Rico no se usa el vosotros, mucho menos entre los campesinos.

del calor materno para formar mancebía aparte. Hijos de distintos padres, cada cual seguía su destino. Quedaban Silvina y Pequeñín. El padre de Pequeñín era Galante, el rico propietario que en cada estribación del monte ocultaba una hembra y era por entonces el hombre de Leandra. Silvina no conoció a su padre, un patán acaso, que en la libre poligamia de los bosques aprovechó una hora de ocasión...

Mas el secreto de la familia, lo que apesadumbraba a Silvina, era una historia sombría. Cuando los primeros encantos de la adolescencia embellecieron a Silvina, ya Galante era el hombre de la casa. Galante, con amenazas de abandono, obligó a Leandra a un tráfico inicuo. Por entonces, Silvina y Ciro eran novios, se amaban, acariciando proyectos de feliz unión; y Silvina, reposando en sus ilusiones, esperaba lo porvenir. Y ese porvenir llegó... Una noche en que llovía torrencialmente, la casucha se anegó. La familia tuvo que reunirse toda en uno de los dos únicos cuartuchos de la casa. El sueño en común acortó las distancias, y Silvina, sorprendida, cuando, no bien despierta, quiso luchar, oyó la voz de Leandra que le decía al oído: "Hija, no seas tonta..., no seas tú causa de que nos muramos de hambre." Y Galante, bajo las sombras, al fulgor de los relámpagos, derribó a la virgen.

Después, Silvina se mordía los puños de rabia. ¿Qué pensaría Ciro? Galante, de otro lado, había prometido a Leandra casar a Silvina, y entonces apareció en escena Gaspar. La joven resistió unos días; pero Leandra logró resolverla al cabo y llevarla al templo. Silvina, con la hebetud¹⁵ de la ignorancia, sucumbió al marido, como antes a Galante. La voluntad, el sacudimiento del deseo, el criterio propio, despertaron en ella luego, cuando ya era tarde. Y despertaron para sucumbir de nuevo. Gaspar, de cincuenta años, facciones repulsivas, mala catadura, pelo enmarañado y aliento aguardentoso, no era un marido manso. La niña cayó en manos del hombre avieso, del marido grosero, del compañero bestial, siempre con mano dispuesta a descargar el bofetón, siempre con labios abiertos para arrojar la blasfemia. Cuando Silvina consideró su desgracia pensó en manejar el timón de la nueva vida. Vano empeño, porque la voluntad de Gaspar la hizo más esclava, y el despotismo de su temperamento la dominó por completo. Muy pronto, Gaspar dominó la situación y Silvina quedó sugestionada por aquella voluntad imperiosa, por la fuerza de una superioridad irresistible. Le odiaba, le maldecía, lo hubiera desgarrado como a un harapo inmundo; mas cuando le veía frente a frente, cuando escuchaba la concisión acre de sus palabras, bajaba tímida los ojos, obedecía encogida y, a veces, temblaba como la ovejuela ante el ave de rapiña. Gaspar entró en el matrimonio como hubiera entrado en la taberna. Trabajando en la finca de Galante cuando quería, cuando podía, cuando la laxitud alcohólica le permitía alguna reacción de actividad, un día llamole Galante y le dijo:

—¿Qué opinas de Silvina, la chica de Leandra?

—¡Caray!... Buena muchacha..., ¡un merengue!¹⁶

¹⁵ *Hebetud*: estado de embotamiento o de letargia.

¹⁶ *¡un merengue!*: que es apetecible, como el postre de este nombre hecho con clara de huevo batida a punto de nieve y almíbar.

—¿La quieres para ti?

—¡Cómo! ¿Cree usted que pueda quererme?

—¿La quieres?

—¡Si me la dieran!...

—Oye: ya sabes que la Leandra y yo llevamos amistad; esa chica cualquier día alza el vuelo. Pues bien; cógela, cástate con ella. Yo arreglo eso.

—Bien; pero yo estoy limpio de fichas¹⁷, y las mujeres comen como llagas¹⁸...

—No importa: vivirás en la casa, y así cuidarás a la vieja. Además, aquí estoy yo... Arreglaré tu cuestión en el Juzgado; pagaré la multa que te impongan; no irás a la cárcel, y en la cosecha te regalaré cien pesos.

—Listo, listo —contestó Gaspar deslumbrado—. No hay más que hablar. Y como si idea súbita le ocurriera, preguntó con acento malicioso.

—¿Y Leandra ha cuidado bien a esa chica?

—Tú no tienes que meterte en vidas ajenas. Resuelve.

—Está bien; de todos modos convenido.

El pacto quedó cerrado, y a poco, en la iglesia de la población, cabeza de partido, se anudó el lazo. Gaspar, como si hubiera apurado una copa, apuró a Silvina, empañándola con su aliento brutal.

Vivía ella infeliz, contrariada. Unas veces irascible, presa de ímpetus; otras, lamentosa, suspirando, derramando lágrimas furtivas. En lo acerbo de su existencia no tuvo más consuelo que la soledad de las selvas, el correr por veredas solitarias, el extasiarse contemplando, sin sentirlo ni comprenderlo, el bravío panorama de la comarca; el forjarse quimeras irrealizables, pensando en Ciro y huyendo de él.

Cuando Pequeñín se cansó de chupar en vano el seno de Leandra, quedose dormido. Ésta le acostó en un camastro lleno de trapos sucios y bajó el escalón del colgadizo en donde Silvina, con una cuchara de madera, agitaba taciturna un guiso inodoro, un salcocho de bananas, en el que, de vez en cuando, el hervor hacía aparecer espinosas piltrafas¹⁹.

Los nublados²⁰ entre la madre y la hija pasaban pronto. Pocos minutos después de la última contienda, departían pacíficamente. Leandra aludió a lo sucedido allá abajo, cerca de la tienda de Andújar. Habíanse oído gritos e imprecaciones, sin que pudieran enterarse de la causa. Alguna borrachera, sin duda. Como era sábado y se habían cobrado los jornales, los hombres sólo pensaban en beber. Iban a casa de Andújar a pagar las deudas de la semana, y, copa va y copa viene, se les pasaba el tiempo y se les iba el dinero.

Leandra fulminó contra aquel tropel de gandules²¹. ¡Qué asco! Las mujeres moviendo al rescoldo un caldo sin sustancia, los hijos exánimes y color de cera, y ellos dilapidando el sudor de la semana y exponiéndose a ir a la cárcel por cualquier tontería. Por eso estaba contenta con su suerte: su amistad era hombre rico, que le pasaba diario, que no andaba en trapisondas. Es

17 *Limpio de fichas*: que no tiene monedas.

18 *Comen como llagas*: comen mucho, como las heridas (llagas) que carcomen la piel con rapidez.

19 *Piltrafa*: la parte de carne flaca que casi no es más que pellejo.

20 *Nublados*: (metáf.) enojos.

21 *Gandules*: haraganes, perezosos, inútiles.

verdad que tenía que tolerarle la promiscuidad, la insaciable promiscuidad del macho robusto, consintiéndole, resignada, que tuviera otras campesinas en el mismo predicamento de amigas íntimas; pero, ¡qué remedio!, mejor era ser tolerante que exponerse a las tropelías de algún bárbaro como muchos que ella conocía. Silvina lamentábase de su mala estrella: ¡mujer de un viejo tan feo, tan grosero! ¿Había habido cuestión en la tienda de Andújar? Pues indudablemente estaba allí Gaspar. Con colores expresivos pintaba a su tirano: como hombre, viejo y feo; como marido, renegado y feroz. Luego, un desvergonzado: si hubiera tenido un ápice de dignidad, no se hubiera casado con ella. Y concediendo que se vendiera por dinero para recoger despojos de otro, lo que le parecía infame era la condescendencia con que toleraba las exigencias de Galante. En este punto, Leandra discutía: ella, Silvina, no tenía razón. Si Galante, de vez en cuando, tenía antojos, la cosa carecía de importancia. De ese modo estaba contento, la protegía.

—A los hombres hay que saberles amarrar. Demasiado sé yo que tú le gustas a Galante más que yo; pero me conformo, porque si me opongo a su gusto, me abandona, y perderíamos la sogá y la cabra²².

Silvina insistía: aquello era una atrocidad. ¡En la misma casa, con el pretexto de querer a la madre, perseguir a la hija; a una muchacha que lo detestaba, que no era libre, que era mujer de otro más canalla aún, que consentía tales bajezas! Y tal contubernio, en contra de la voluntad de la muchacha, contra todas sus tendencias y sus gustos.

La plática terminó como siempre. No había más remedio: mejor era aquello que morir de hambre.

Oyéronse rumores, y en la pequeña explanada, frente a la casa, apareció un hombre. Era Gaspar. Al llegar, blandió un largo machete y asestando una cuchillada a un árbol, lo dejó allí clavado.

—¿No se come? —dijo, sentándose en la piedra que servía de escalón, junto al umbral.

Las mujeres apresuraron el aderezo del potaje, y diéronle un plato colmado.

Gaspar comenzó a engullir, hablando mientras comía:

—Si no me lo quitan de las manos, mato esta tarde a ese cochino de Montesa. ¡Entrometío! Estábamos en la cuesta del río algunos amigos, distrayéndonos con una jugadita... Yo estaba ganando, y se había presentado una sota²³ que si llega a jugarse arranca al banquero. Deblás barajaba, y ya iba a virarse cuando acierta a pasar Montesa. Se para, nos mira, y dice:

“—Bandidos, ¿qué hacéis ahí?

“—Lo que nos da la gana.

“—Estáis jugando a los prohibidos; ¿y si el comisario viene?...

“—¡Figúrese usted! El comisario es Andújar, y siempre que jugamos nos cobra un chavo por cada as...

22 *Perder la sogá y la cabra*: perderlo todo.

23 *Sota*: la décima carta de cada palo de la baraja, que tiene la figura de paje.

“—Y a usted, ¿quién le mete en lo que no le importa?”

“—¡Calla, truhán! —esto se lo decía a Deblás—. Si meneas la lengua te la retuerzo; un desertor como tú no es persona para mí.

“Me dio ira su altanería. Claro; Montesa hablaba así porque sabe que Deblás anda huido, que no puede tener cuestiones porque, si le echan mano, lo hunden otra vez en el presidio. ¡Cobarde! Yo quise ver si Montesa se atrevía conmigo. Me levanté de un brinco y halé por el machete. Anduvo listo: cuando iba a rajarlo me dio una patada feroz en la barriga y me tumbó. ¡Qué alboroto! La partida se deshizo. Cada cual corrió por su lado, y todavía tuvo Montesa la cobardía de llamarme sinvergüenza, estando yo en el suelo, impedido de defenderme. ¡Ah!, yo lo cogeré, ¡yo lo cogeré!... Hay más días que longanizas. Cuando me levanté, me sujetó Andújar y me pidió por favor que no me metiera con ese macaco²⁴ de Montesa... Luego, como convenía ocultar lo de la jugada, y yo ya estoy hasta el cogote de cuestiones que me han costado caras, me contuve. Hay tiempo; cualquier día lo hiendo²⁵...”

Y Gaspar, asiendo de nuevo el machete, asestó otra cuchillada al árbol, que, herido en la corteza, dejó manar por la herida un líquido resinoso y oscuro.

Silvina, en cuclillas en un rincón, había oído el relato. Seguía con mirada tímida los violentos ademanes de Gaspar, como temiendo que las amenazas y las agresiones se volvieran contra ella.

—Toma —continuó Gaspar alargando a Silvina unas monedas—, esta semana no se ha hecho nada, y luego, en la jarana, perdí la ganancia. Quizás me la robó el mismo Montesa. Pero bay²⁶, ahí tienes treinta y dos chavos²⁷. Si te faltase en la semana, a mamá Leandra que te dé, y si ella no tiene, avísame para fajar²⁸ a Galante. O fájale tú, que a ti te servirá de mejor gana.

Leandra empezó a dar consejos a Gaspar. Prudencia, mucha prudencia. Lo mejor era salir del trabajo y meterse en casa. Y mientras Gaspar, reacio, discutía, Silvina, entregada de nuevo al éxtasis, veía cómo en el cielo íbase apagando el día y cómo las sombras iban lentamente arrojando los contornos.

Gaspar entonces hizo reír a Leandra. Contó que en la jugada estaba la vieja Marta con un paquete de ochavos²⁹ atados en la punta de un pañuelo. Cuando surgió la contienda y vinieron a las manos, Marta alcanzó³⁰ un pescozón³¹ que le arrancó el pañuelo de la cabeza, dejando las greñas³² al aire.

—Pero —dijo Gaspar— es tal la suerte de ese diablo de vieja, que, a pesar de todo, con seguridad esconde esta noche en el monte medio peso. ¡Ah, si yo pudiera descubrirla el escondrijo!...

24 *Macaco*: mono; usado como apelativo despectivo para una persona insignificante, de poco valor físico o moral.

25 *Hiendo*: de hender, dividir en dos partes, cortar, partir, rajar.

26 *Bay*: voz común usada para tranquilizar o estar de acuerdo.

27 *Chavo*: centavo.

28 *Fajar*: pedir dinero prestado.

29 *Ochavo*: moneda de cobre que pesaba un octavo de onza y que se estuvo acuñando desde el tiempo de Felipe III hasta mediados del siglo XIX.

30 *Alcanzó*: recibió.

31 *Pescozón*: golpe dado con la mano en el pescuezo o la cabeza.

32 *Greña*: cabellera revuelta y despeinada.

La noche avanzaba. Gaspar desperezó, dando un gran bostezo. Todavía charló algunos minutos. Participó a las mujeres que se preparaba para muy pronto un baile en Vegaplana³³. Todos irían: era menester echar una cana al aire³⁴. Convenía, de vez en cuando, sacudir la morriña³⁵ y divertirse, bebiendo unas copitas, bailando una contradanza.

En Vegaplana, barrio cercano, siempre hubo divertidos bailes. Nada, animarse: al salir de casa se quitarían los zapatos para no deteriorarlos, y al llegar a la casa de la fiesta se los pondrían para entrar al salón como era debido.

Leandra bajó al cobertizo, y Gaspar, como si hubiera estado esperando la ocasión, llamó a Silvina con la mano. Ella acercóse.

—Lo dicho —dijo Gaspar entre dientes—. Deblás está impaciente, y yo no retrocedo: conque prepárate.

—Pero, Gaspar —contestó Silvina palideciendo—, eso es horrible...

—¡Qué horrible ni qué niño muerto! Ése es un negocio como otro cualquiera.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

—Y tienes que ayudarnos; no hay remedio.

—¿Por qué no se las arreglan ustedes solos, ya que quieren meterse en eso? ¿Por qué me obligas, si yo me muero de miedo?

—Porque de las mujeres nadie sospecha. Nada, quiero que vengas. Vendrás, y tres más, nueve³⁶.

Como Leandra volviera, Gaspar disimuló. Un negocio secreto no debe divulgarse; miró fijamente a Silvina y se llevó un dedo a los labios. Estaba bien seguro del silencio de Silvina. Luego entrose en uno de los cuartos de la casa y se acostó sobre un lecho formado, en el suelo, con ropas extendidas sobre una estera especial y sacos doblados a guisa de³⁷ almohadas.

Algunos instantes después roncaba. Leandra acostóse en el camastro, el lujo de la casa, en el otro cuarto, y quedaron frente a frente la noche estrellada y Silvina, contemplándola absorta desde la rústica vivienda. Adentro, sueño labriego narcotizando las gentes; afuera, el clamor estridente de los insectos nocturnos: el coro de grillos, el treno³⁸ de los sapos, el roce de los violines alados, cantando a coro el salmo de la noche en la selvática anchura de los bosques.

33 *Vegaplana*: nombre inventado por el autor. De “vega”, parte de tierra baja, llana y fértil. En Puerto Rico hay dos pueblos con nombres parecidos, Vega Alta y Vega Baja, situados en el norte de la Isla; por el contrario el autor sitúa *Vegaplana* en las montañas.

34 *Echar una cana al aire*: divertirse en algo ligeramente pecaminoso.

35 *Morriña*: melancolía.

36 *Y tres más, nueve*: expresión para significar que algo se cumple con certeza; de *dos por tres, seis, y tres más, nueve*.

37 *A guisa de*: a modo de.

38 *Treno*: lamentación, canto de queja.